



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios....	» 5	PROVINCIAS: trimestre.....	» 3	Extraordinario.....	» 0,50
		EXTRANJERO: año.....	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

LA PRUDENCIA



Es de tal condición el carácter de las masas populares en España, que no es posible atenerse a regla fija para estudiarle, y atemperar á él conducta determinada. Como las olas del mar que tan pronto se elevan hasta el cielo como se hunden en el abismo, como veleta de campanario que á todos aires se vuelve, de igual modo la opinión del pueblo es incierta y variable, marchando siempre al acaso sin rumbo fijo.

Esa regla general tiene aplicación más concreta en cuanto se relaciona con las corridas de toros. En ellas, para el espectador constante, lo que ayer fué bueno, hoy es malo; y el torero que consideró admirable por sus *hechuras* y sus facultades, es pronto olvidado, si no tiene la desgracia de ser vilipendiado y zaherido. Sigue el pueblo de esa clase, á quien le gufa por cualquier camino, cerrando los ojos sin saber donde va, y sin pensar siquiera en si hay razón y justicia para juzgar como juzga, acepta y cree lo que le predicán, sin tomarse el trabajo de reflexionar un poco, y dejando que otro piense por él.

Claro es que en esto, como regla general, nos referimos únicamente á la muchedumbre, á esa gran masa de gente que, en las corridas de toros, sigue el rumbo que otros trazan; no á las individualidades que, bien ó mal pero con criterio propio, juzgan los hechos ó cuestiones que á su vista ó á su inteligencia se presentan. Pero esta excepción no es tan extensa como debiera serlo: quedan muchos, muchos concurrentes á la fiesta, que sin darse cuenta de ello, causan á la misma más daño del que pueden presumir, exigiendo á unos toreros lo que dispensan á otros, y elogiando á éstos lo que á los otros censuran. Nunca hay indulto para el que no es santo de su devoción; nunca tienen en cuenta circunstancias accidentales ó del momento que impidan ejecutar una suerte con lucimiento, y en cambio perdonan á su ídolo verdaderas faltas de valor y aun de inteligencia.

¡Cuántas desgracias ha traído al arte del toreo ese injusto modo de proceder! ¡Cuántas esperanzas en flor se han marchitado porque en vez de alentarlas se las desdenó desde el primer día! A la imprudencia del tristemente célebre Manfredi, débese la muerte en Ronda el 20 de Mayo de 1820, del famoso Curro Guillén; y ahora recientemente, á esa falta de prudencia, á esa veleidad del populacho, hay que achacar la cogida de Manuel García, el Espartero, en Sevilla, el 23 de Octubre próximo pasado. No se explica que un pueblo como aquél, que tanto quiere á *Maoliyo*, y por el cual rompieron

lanzas con toda la prensa española los periódicos taurinos sevillanos, haya cambiado de tal modo, que por ensalzar á otro diestro, deprimiera duramente á aquel ídolo, á quien podrá faltarle cuanto quieran para ser el primer torero de la época, pero al cual sóbrale valor y vergüenza como al que más.

Esa mudanza de opinión, esa inseguridad en sus juicios, no la tienen más que las masas mal instruidas, las personas de criterio nulo, que con sus extemporáneas manifestaciones en momentos críticos, son causa de daños irreparables. ¿Con qué tranquilidad puede estar un diestro, por flemático que sea, ante el testuz de un toro, cuando le apostrofan é insultan con palabras que ninguno de aquellos cobardes sería capaz de pronunciar en otro sitio á su presencia? ¿Cómo no ha de encogerse el ánimo del más esforzado, cuando ve girar y rebotar á sus lados proyectiles arrojados por alevés manos, que luego se ocultan entre el montón anónimo de aquella *cafrería*?

Hacémosles el favor de creer que tan inconscientemente obran en ese acto, como á los dos minutos al aplaudir con estrépito, tal vez al mismo diestro la ejecución de una suerte. No es que critiquemos la manifestación entusiasta del agrado con que se ve un acto lucido y de efecto, ni la censura ruidosa de la falta de habilidad ó fortuna de cualquier torero; precisamente esas voces, esos gritos, esas alegrías, esas iras y esas mil actitudes de la muchedumbre, son principales elementos que completan el espectáculo que no tiene igual en el mundo; pero si es cierto que todas las cosas en el mundo pueden ser buenas ó malas, según se digan ó hagan, bueno sería que los vocingleros, los jaleadores, los que no van á ver toros, si no á mirarlos, reprimieran sus ímpetus y no silbaran ni apostrofarán á un hombre mientras se hallase al frente del enemigo, y dejarán para después los entusiasmos y los epítetos denigrantes, cuando al retirarse al estribo de la barrera, medite el lidiador, apelando á su conciencia, sobre su mala fortuna ó ignorancia.

La falta de prudencia es indudable que origina males graves; pero, ¿quién pone puertas al campo? Por eso es indispensable que el lidiador tenga tanta, y en ocasiones «trague tanta saliva», que á ser posible no se le conozca en el rostro la más leve señal de disgusto, como no sea contra sí mismo. Verdaderas ó aparentes, ha de demostrar ante el público mucha modestia, gran humildad y una gramática parda, que le haga ver lo que no hay dentro del espíritu de aquel hombre, que á sus iras y á su juicio se halla sometido, valiendo esto para hacer carrera, más, mucho más que un trabajo de ley y concienzudo. Así se adquieren simpatías, y éstas son las que salvaron de una grita merecida al espada Rafael Molina, Lagartijo, en la tarde del miércoles 16 del corriente, cuando en la corrida cele-

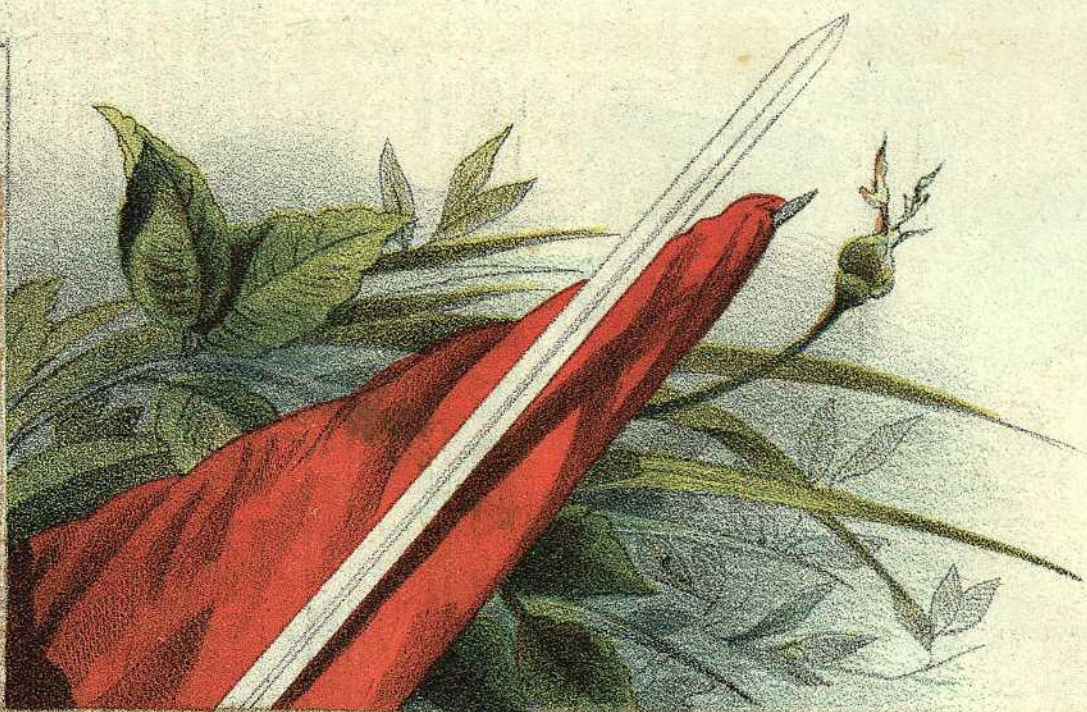
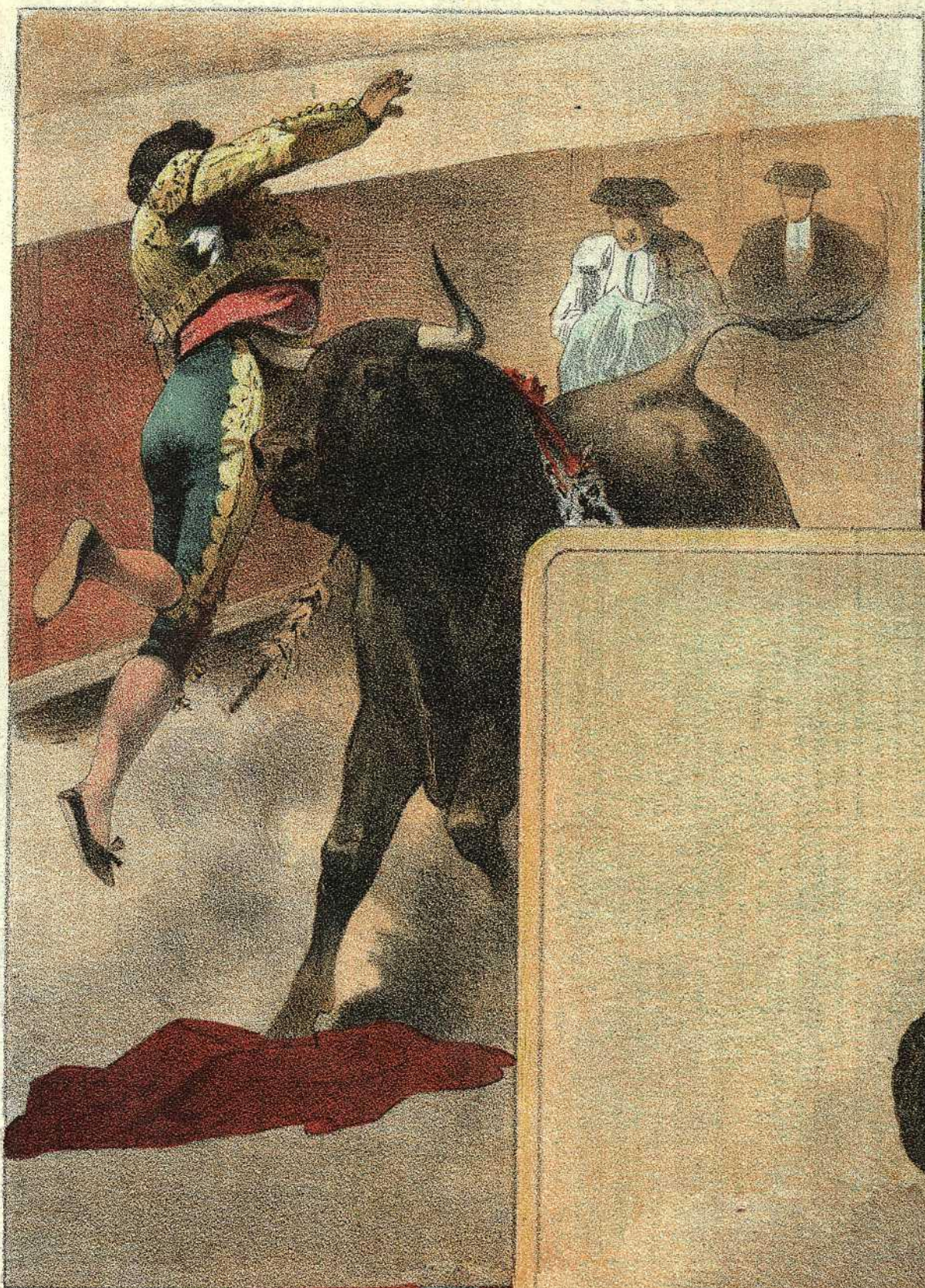
brada en honor de los Reyes de Portugal, tuvo la debilidad de hincar la rodilla en tierra para brindar su primer toro. Eran otros tiempos aquellos en que imperaba Narvaez en España, sin sufragio universal, ni leyes tan liberales como las que hoy tenemos, y un día en que asistió la Reina Isabel II, á una función en que mataba el caudillo de las masas populares, José Muñoz, Pucheta, tuvo éste el mal acuerdo de inclinarse rodilla en tierra á brindar: «Por vuestra Real Majestá y por la *niña*;» y el público le contestó con tan monumental silba, que desterró para siempre del Circo taurino costumbre tan servil nacida en ominosos tiempos. Sin ese acto humillante para la dignidad del hombre, han continuado las corridas de toros por espacio de cuarenta años, sin más interrupción que la intentada por Angel López, Regatero, en las corridas reales verificadas en 1877, y que fué acogida con protestas y silbidos, á pesar de ocupar todas las localidades por convite altos empleados y servidores del Estado. A otro que no hubiese sido el anciano Lagartijo, que tantas simpatías ha sabido adquirir por las razones antedichas, podría haberle costado, no sólo oír manifestaciones de desagrado en aquel acto, si no que el pueblo no olvidase en mucho tiempo su débil comportamiento; porque una cosa es la galantería y el respeto, y otra la mansedumbre y el servilismo, y los tiempos no pasan en balde.

No deben, pues, los lidiadores jugar con el león que puede sacar las garras, con razón ó sin ella, que al fin es una fiera sin freno, á quien no hay medio de atajar en aquel recinto. En él no ha estado libre de censuras la Majestad Real ni en tiempos del absolutismo: en él, á más de las voces usuales de «no lo entiende usted», se han dirigido palabras gruesas á las autoridades, y en él, por fin, ha ejercido el pueblo soberano sus derechos no siempre justos, pero sin cortapisa de ningún género; ¿cómo ha de poder contrarrestar tan terrible ímpetu un lidiador á quien se paga la obligación de complacer al público?

Este es, el que adquiriendo cada vez mayor ilustración y cultura, ha de procurar en adelante el ejercicio de la prudencia, sin quitar por eso á la fiesta nacional el carácter alegre y bullicioso que la distinguen entre todos los espectáculos públicos.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.





H. Forés



Antonio Reverte Giménez

LA LIDIA

NUESTRO DIBUJO

ANTONIO REVERTE JIMÉNEZ



Tampoco hemos de volver, al ocuparnos nuevamente de Reverte, como no lo hemos hecho con Bonarillo, sobre los antecedentes biográficos que, como necesario complemento al retrato del diestro, expusimos al ofrecerle al público en nuestro número 23, correspondiente al 7 de Septiembre del pasado año 1891.

Coincidió aquel perfil literario del joven espada con su reciente cogida en Palencia, acaecida en 3 del mismo mes, y dando cuenta de ella, cerrábamos las consideraciones que la casi inopinada aparición del neófito torero nos sugiriera. De este punto, pues, arrancamos para ampliar aquellos datos, procurando condensar brevemente lo que durante el corto espacio de un año, afecta a la personalidad del arrojado matador cuya evolución artística han seguido con marcado interés cuantos sienten verdadera afición por la fiesta nacional.

Naturalmente, dicho contratiempo le impidió llenar algunos compromisos contraídos, y retrasó además la toma de alternativa, que siguiendo el procedimiento adoptado en mal hora, y aguijoneado por el ejemplo de sus contrincantes y compañeros a la par, se resolvía á obtener sin pérdida de momento. La curación, sin embargo, no fué larga, y aunque no restablecido por completo, pudo realizar sus deseos á los pocos días, recibiendo la investidura de matador en la Plaza de Madrid durante la corrida celebrada el 16 de Septiembre del año anterior, y de manos del no menos arrojado espada Rafael Guerra (Guerrita).

Avanzada como iba la temporada, no pudo intervenir ya más que en contado número de funciones, de las que recordamos dos ó tres en nuestra Plaza y otra en la de Hellín; pero esto bastó para que la semilla, cayendo en el surco, quedase en disposición de fructificar en el corriente año, como así ha sucedido, en abundante y lisonjera proporción. Apenas llegada la Pascua de Resurrección, Reverte empezó á dar cumplimiento á sus contratos, y enlazándose unos con otros los ajustes, lo que en un principio constituyera una cantidad prudencial y limitada, alcanzó, al terminar la campaña, la considerable cifra de 40 corridas, mediante las que, el diestro de referencia, ha dado muerte, sin grave accidente que lamentar, á 92 reses, lidiadas en diferentes é importantes Circos de la Península.

Merecen citarse entre esas corridas, las de Alicante, Badajoz y Lorca, en cuyas poblaciones Antonio Reverte ha hecho preferente y justificado cartel; la verificada en Palma de Mallorca el 10 de Julio, y en la que, como estímulo para los matadores, la Empresa había destinado un premio para el que mejor llenase su cometido, siéndole adjudicado á Reverte, en competencia con Fabrilo, Tortero, Lagartijo y Bonarillo; y la del Puerto de Santa María el 4 de Septiembre último, en la que sufrió la aparatosa cogida que reproduce la parte superior del hermoso dibujo de este número, y que describiremos en cuatro palabras.

Pertenecía el toro á la ganadería de Adalid, se corría en cuarto lugar, y era negro, buen mozo, y largo y afilado de pitones. Después de haberle tomado varias veces con la muleta, volvió á presentarle el trapo con la mano derecha para igualarle en las tablas, y entonces el bicho, en una arrancada, le enganchó por la parte interna del muslo, rompiendo la seda del traje, sin encarnarle, y asomando el cuerno por la cadera; y afianzándole de este modo, le volteó en todos sentidos como si fuera una pluma, hasta que rasgado el calzón por la fuerza de las sacudidas, cayó en tierra, cuando ya todos los capotes de la cuadrilla estaban preparados y arrancaban á la fiera del lado de su presa. Como consecuencia de este imponente episodio, el diestro experimentó fuertes varetazos en la región inferior abdominal, que revistieron gravedad durante tres días, al cabo de los cuales volvió con los mismos bríos á arrostrar el peligro.

Hasta aquí la ampliación biográfica del joven espada que nos ocupa. Respecto á su manifestación artístico-psicológica, en nada tenemos que modificar la impresión consignada en nuestro anterior estudio sobre el mismo; antes por el contrario, nos ratificamos en ella y reiteramos como notas salientes de su personalidad, igual desmadrado continente que hace un año; la misma pesadez de cintura abajo; la misma impasibilidad, y la misma sangre fría caldeada de cuándo en cuándo con vapores temerarios. Algunos hechos recientes pueden confirmar esta opinión.

En Palma de Mallorca, después de una gran estocada, se recostó de espaldas en el testuz del toro, andando en esta forma hasta que el animal dobló. En Santander, descabelló á una de las reses, montado sobre un caballo muerto. En Badajoz, hizo un quite, acostándose materialmente en uno de los cuernos. En Lisboa, dió 11 quiebros, y clavó nueve pares de banderillas á un mismo toro, al que pasó después de muleta, arrodillado en tierra, etc., etc....

No juzgamos, sin embargo, que estos arranques extraordinarios sean vivo reflejo de perfeccionamiento en la educación taurina de Reverte. Esta no puede ser

completa en tan corto plazo, y menos sin las prácticas enseñanzas de un maestro reconocido, de las que equívocadamente prescinden los jóvenes que actualmente se lanzan á los peligrosos azares de la lidia; pero que observando detenidamente, puede notarse algún adelanto en la carrera del torero sevillano, es indudable.

Recuérdese que entre las observaciones que nos sugirió el examen de este nuevo campeón de la tauromaquia, apuntábamos la relacionada con la dificultad de salir de la suerte suprema, causa positiva de las frecuentes cogidas que experimentó en poco tiempo; pues bien: si en una docena de corridas, más de la mitad fué despedido violentamente en la reunión, por aquel entonces, y ahora en 40 sólo un par de veces se encuentra apurado para salvar con naturalidad aquel obstáculo, ¿no revela esta circunstancia que el diestro ha puesto especial cuidado en el estudio de las reglas teóricas y prácticas del arte de torear, y que avanza en el camino de dominarlas por completo?

Tal creencia es la nuestra, y si aducimos á lo expuesto que Reverte acusa condiciones nada vulgares de banderillero, aun cuando no haya funcionado; que el manejo de la muleta no es inconsciente y rutinario, sino oportuno y elegante, y que domina en todo su toreo la seriedad y el aplomo, vendremos en consecuencia que, sin dejarnos llevar de momentáneos entusiasmos, nunca alentados en nuestras erónicas, es el que mejores aptitudes reúne para ocupar el primer puesto en la naciente representación artística llamada á sostener las glorias del genial y característico espectáculo español.

Así lo sentimos y así lo exponemos; y si por ventura nos viéramos precisados á corregir el pensamiento, ciertamente que no lo lamentaríamos tanto por nosotros como por el valiente muchacho, á quien hoy por hoy nos complacemos en excitar para que siga sin vacilaciones por la senda emprendida, en la que no ha de faltarle nuestro modesto pero leal apoyo;

que al que en la lucha incesante de la vida, y casi un niño, entra gritando «¡adelante!», con alientos de gigante, hay que verle con cariño.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

Toros en Madrid.

CORRIDA EXTRAORDINARIA.—16 NOVIEMBRE 1892

Desde la Princesa allica á la que pesca en ruin barca....

no hay personalidad que visite á España, que no venga, en primer término, á presenciar una corrida de toros. Esto debía haberse presumido lógicamente, y no dar lugar á que la bella soberana (¡vaya si lo es!) del vecino reino, diese al fin rienda suelta á su deseo.

(Estoy hablando en verso según veo.)

¿Quién no se despepita por servir á una reina si es bonita?
Al oír los conceptos de su boca, toda la actividad pareció poca;
y en menos de una siesta, la gran torrada real quedó dispuesta.

Y como todavía estábamos dentro de las *latas* parciales del Centenario, tuvimos una ocasión más de apreciar á Cristóbal Colón, como ganadero, lo cual que no resultó, como venía más adelante el curioso lector.

El caso es que de prisa y corriendo vinieron los toros *colombinos*, y los almirantes Lagartijo y Guerrita, y no vino Mazzantini porque estaba en casa; con todo lo cual, y á *rio revuelto*... ya se sabe, ganancia de empresarios.

Poco antes de la hora fijada, y al presentarse en el palco la comitiva regia, el aspecto del Circo era indescriptible.

No había allí más que ver; de la reina á la chulapa toda mujer era guapa....
¡qué convidá de mujer!

Después de unas cuantas ovaciones *previas*, y de las formalidades de rúbrica, flameó el blanco cendal, digo moquero, de la Presidencia, encomendada al Sr. Díaz Argüelles, que la viene arrastrando hacía algún tiempo, y surcó el enfangado piélagó el *colombino*.

1.º *Moñudo*; negro zaino, bien criado, abierto de astas y menor de edad.

Emprendió su primer viaje sin voluntad ni coraje,

recorriendo seis varas y haciendo dos escalas en Puerto-Chato y Puerto-Agujetas. No naufragó ningún bote. Seis palos le enarbolaron entre Juan y Antolín, correspondiendo al primero dos salidas falsas, dos al cuarteo y dos al relance, buenos, y al segundo una y dos al cuarteo, lo mismo. Lagartijo empieza á brindar á la Presidencia, (¡bien, sí, señor!) pero recibe indicaciones de que lo haga al palco real, y lo *realiza* hincando una rodilla en tierra.

Entre las notas sencillas del Reglamento, se ve que el matador brinde en pie.
¿De cuándo acá de rodillas?

Tres naturales, dos con la derecha, uno de telón y dos en redondo, preceden á una corta, á volapié, en todo lo alto. Cinco naturales y dos con la derecha, para otra corta bien señalada. Uno derecha y tres en redondo, para una gran estocada en las tablas, á volapié. Toro incierto y un regalo cierto. Vestía el abuelo tabaco y plata.

2.º *Manta-al-hombro*; negro bragado, salpicado, lucero, ancho de cuna y menor de edad. (Y van dos.)

Por el apodo, este amigo, debe ser toro de abrigo;

Pero aun así y todo, no entra en calor, y á duras penas toma de Agujetas, Chato y reserva, siete puyazos por una caída. Bernardo Hierro cuarteo un par delantero; Tomás, otro bueno, y el edil cambia la suerte.

Mazzantini, de morado obscuro con oro, reza la segunda plegaria para catequizar al bicho con dos naturales, uno de telón, un preparado y dos redondos, y un pinchazo á volapié, bien señalado; tres con la derecha y otro en las tablas, ídem; uno con la derecha y un gran volapié, también en las tablas. Dos obsequios.

3.º *Español*; negro bragado, terciadito, adelantado de cuerna y menor de edad. (Y van tres.) Blando y sin poder, recibe cinco pinchazos de Pegote, Beao y el reserva, y mata un caballo. Entre Antonio Guerra y Almendro, cuarteo tres buenos pares de banderillas, y Guerrita, con traje verde y oro, previa la tercera jaculatoria, le pasa con 10 naturales, tres de telón, tres preparados y dos en redondo, para un pinchazo á volapié, bien señalado. Uno natural otro de telón, y otro pinchazo lo mismo. Otro igual, cuatro naturales, cuatro derecha, dos redondos y uno de telón, y media á volapié, en las tablas, muy buena. Un intento, tocándole algo. El toro, huido al empezar la faena; luego, quedado, humillado y tonto. El diestro recibió otros dos presentes.

4.º *Yegüero*; negro bragado, corto y astillado de ambos, y choto positivo. (Y van cuatro.) Voluntario, pero sin poder, aguanta ocho caricias, por un tumbo y un caballo. Manene cuarteo dos pares, desigual el primero y bueno el segundo, y Juan, uno bueno al cuarteo, y medio de sobaquillo. Rafael, después de ocho naturales, 10 con la derecha, tres de telón y uno cambiado, se pasa sin herir, y luego clava una estocada baja, entrando bien. Uno con la derecha, un metisaca por carne, un pinchazo bien señalado, y un volapié en las tablas, muy bueno. El toro, tonto igualmente.

5.º *Cachucho*; berrendo en jabonero sucio, salpicado, capirote, botinero, lucero, cornivuelto y menor de edad. (Y van cinco.) Voluntario nada más. Seis varas del Sastre y Agustín Molina, por un caballo. Parean los maestros. Guerra, quiebra y no clava; luego deja uno sobre corto, superior, y termina con uno aprovechando, bueno. Mazzantini entra con uno muy bueno, de frente, y Rafael clava medio, por quedarse el toro, y uno por el terreno de dentro. (Aplausos.) Mazzantini brinda á la infanta Isabel, y despacha con uno natural, tres con la derecha, uno de telón y una estocada á volapié, caída. El rey de Portugal, se quita el afiler de la corbata, y se lo arroja al diestro.

6.º *Relojero*; castaño albardado, bragado, buen mozo, cornalón, mayor de edad y buey solemne. Sin poder ni voluntad, resistió siete puyazos del Sastre, Molina y el reserva, y acertó á herir y descomponer á tres caballos. Primito, por su sistema, dejó dos pares regulares, y Mojino, al cuarteo, uno bueno; y Guerrita, después de brindar nuevamente, arrodillado, entre 17 pases de todas clases, señaló tres pinchazos en hueso y media á volapié, en las tablas, en la misma cruz.

El 7.º, de Castrillón, adicionado para que Guerra no matase el último toro, tomó tres varas, restó un caballo, fué fogueado, y murió á manos de Almendro, de un metisaca.

RESUMEN

Después de la considerable leva de reses que ha tenido este año el Sr. Duque de Veragua, á nadie se le ocultaba que no podía contar á estas alturas con toros de lidia. La Empresa también debía saberlo; pero quizá por deferencia ó por la relación que se establecía entre el ganadero y los festejos á su antecesor, solicitó la corrida que el Duque ó su representante no han debido tener nunca el atrevimiento de mandar á Madrid, y mucho menos en la presente ocasión. Sobre unos cuantos miles de reales, está el crédito de una persona y la conciencia, y al descendiente de Colón, al remitir para la corrida reseñada cinco chotos y un buey, le cabe la absoluta responsabilidad de haber deslucido una fiesta, que ha sido incluida en el programa confeccionado en honor de su antepasado. ¡Qué diferencia del Cristóbal de entonces al Cristóbal de ahora!

Aqué! ofreció á sus reyes un mundo desconocido; el de ahora, les ha ofrecido media docena de bueyes.

Con semejante ganado, hartó hicieron los lidiadores con no aburrirse ni aburrirnos, y por esta razón, las censuras no pueden ser muy pronunciadas.

Lagartijo pasó al primero con su poquito de precaución, por las condiciones del bicho, y señaló bien siempre. En el quinto se le vió voluntad, pero el toro no se prestó para nada. En banderillas, desgraciado.

Mazzantini bueno de verdad en el segundo, pasando é hiriendo, y aceptable nada más en el quinto. Muy bien en banderillas.

Guerrita, en el tercero, fresco y adornándose en la brega, aunque fué larga; señalando bien, pero sin coger los blandos. En el sexto, que era un buey, cumplió. En banderillas superior. Y nada más de notable en la lidia.

La entrada, ya hemos indicado que para aliviar de penas á cualquiera.

Y el cielo, tras negro velo, borrando el azul que alegra.
¿Si la mantilla era negra, qué había de hacer el cielo?

D. CÁNDIDO.